

cerca de un siglo; y durante esa época, bajo la tutela de la santa sede, se formó la nueva Italia, en la que se aumentó la población y florecieron las artes. Pero desgraciadamente hay en la humanidad un espíritu destructor de la misma humanidad que la hace aborrecer los caminos del orden, fuera de los cuales no puede ella vivir, y con alicientes absurdos la conduce al abismo.

LA EDAD MEDIA

Murió Carlo-Magno, y su obra parecía prematura; y el mundo, que ese gran ingenio acababa de restaurar, no le dió sucesor. Mas la Iglesia existía delante de Carlo-Magno; y si bien éste había ensayado sus planes, quedaba ella después de él para continuarlos, corregirlos y ejecutarlos. De hecho los Papas fueron quienes sostuvieron el mundo para que no volviese á sepultarse en las tinieblas.

Cerca de tres siglos pasaron en medio de una confusión inexplicable, ó, por mejor decir, inevitable. No hubo más que guerras, revoluciones, división de reinos, invasiones, crímenes, incendios y traiciones de todo género. Por fin, cuando se vió que la dinastía de Carlo-Magno iba á desaparecer del género humano, aquella sociedad creyó llegado su fin; y todo parecía confirmarla en esa creencia, habiéndose pasado muchos años del siglo X en los cuales estaban los ánimos abatidos con ese terror.

La misma Iglesia tuvo que lamentar graves males, porque

no solamente vió su sagrada jerarquía turbada por invasiones políticas, sino que además sintió amenazada la unidad de su doctrina por locas y soberbias herejías que se levantaron contra ella; y los romanos Pontífices, atacados é inquietados continuamente por movimientos turbulentos que surgían en la misma ciudad de Roma, fueron unas veces arrojados de ella y otras cautivos y maltratados por los partidos vencedores, que no respetaban su autoridad y atentaban en algunas circunstancias contra su vida. En tan furiosa y desastrosa tempestad perecieron y fueron víctimas de la calumnia las reputaciones más sólidas y mejor adquiridas, si bien posteriormente todos los adelantos de la ciencia y los descubrimientos de luminosos datos históricos han venido á honrarlas y justificarlas.

Citaremos á Juan X, uno de los Pontífices que fueron más indignamente y con mayor injusticia tratados. Cuando los sucesores de Carlo-Magno se separaron de la actividad y del celo por el orden y por la religión, de que tan edificantes ejemplos les había dejado el incomparable y piadoso emperador, y cuando los príncipes de Italia hicieron alianza con los sarracenos, el Papa Juan X se levantó solo en medio de esos perversos y cobardes para defender los intereses de la civilización europea, llegando á reunir un ejército, de cuyo mando se encargó, atacando con él á los sarracenos atrincherados en Garigliano y destrozándolos completamente, con cuya victoria, ganada por el mismo Papa, se rechazó la formidable invasión agarena, en la

que hubiera quedado Europa esclavizada y hasta, quizá, borrado su nombre del mapa.

Al mismo tiempo que los Papas establecen la política cristiana, basada en la justicia y en la paz, no descuidan el cumplimiento de su misión esencial, sino que se mostraron, como lo fueron siempre, guardianes fieles y esforzados de la palabra de Jesucristo; y bajo su amparo, y merced á la legítima influencia y milagroso ascendiente que tenían sobre las almas y á la fuerza del derecho, que no cesaron de proclamar, los pueblos se conservaron, se levantaron, renovaron su vitalidad, y entraron en posesión de los elementos de su prosperidad. La tierra, tan ruda y obstinadamente devastada, conservaba con igual obstinación y firmeza el germen precioso de su rehabilitación, y los pueblos, aunque todavía colocados en la mitad del camino de la civilización, se distinguían por una fe invencible y por una abnegación que no tiene igual. El Papa, en una palabra, el *Señor Apostólico*, combatido, expulsado, asesinado, destituido de una fuerza exterior permanente, sin recursos, sin estar en su voluntad, ni en sus atribuciones el apoyo con que él pudiera contar, jamás dejó de ser el soberano más respetado y obedecido, pues aún en el período que se llama comúnmente el *siglo de hierro*, á su voz y bajo su bendición se aumentaron los monasterios, abundaban los santos, brillaban los obispos por sus eminentes virtudes, ocuparon el trono algunos monarcas santos, y, finalmente, hasta los mismos bárbaros, establecidos en países en donde ellos habían

destruido los templos y asesinado á los sacerdotes, llegaron á convertirse y levantaron luego más altares que los que habían derribado.

La Francia sufrió la invasión de los normandos y vió la conversión de los mismos. La Inglaterra tuvo por soberanos á San Alfredo el Grande y á San Eduardo; nuestra España se glorió con Alfonso el Grande; la Alemania con Santa Adelaida y San Enrique; la Hungría con San Esteban y San Emeric, y la Noruega tuvo también á San Olao. No puede expresarse en este libro la nomenclatura de todos los santos, de todos los héroes y de todos los conquistadores que se formaron y salieron de los claustros, y ocuparon muchos de ellos las sillas episcopales. Sin embargo, pudiera decirse que no han desaparecido todavía tan esclarecidos personajes de la escena del mundo, porque la historia repite sus nombres, y sus virtudes y actos heroicos permanecen como faros luminosos en medio de épocas tenebroosas.

Cerca de estos hombres tan insignes, y cuya vida estaba formada y basada en la observancia de los consejos evangélicos, y que les hacía poner todo su fin y todo su afán en ser humildes, pobres, puros y llenos de abnegación, aprendía el mundo, con ejemplos tan edificantes, cómo la miseria y polvo humano podían llegar á ser piedra preciosa y llena de solidez y fortaleza para edificar. Además de esos héroes, estando muy por encima de las pasiones, de todos los errores y de todos los

crímenes, se veía á los Papas que se sucedían y se presentaban unos en pos de otros como si fueran una misma persona y un solo hombre, llenos de igual constancia, de igual valor y de igual virtud, dando así una prueba de que la institución del Pontificado es una fuerza permanente contra todo mal y un valor inquebrantable para promover y proteger todo bien. Después del Papa León III, que vió morir á Carlo-Magno, aparecieron en la Cátedra apostólica San Pascual, San Nicolás I, San León IX, San Gregorio VII, y entre ellos otros hombres eminentes, llenos de ciencia, de inteligencia y de piedad. El Papa Silvestre II, de nación francés, se elevó como un faro en lo más espeso y tenebroso de esa noche terrible, aunque fecunda; el Papa San Gregorio VII, columna firmísima de la Iglesia y del mundo, puso término por sí mismo, y por medio de los que él había escogido para sucederle en la lucha por la libertad eclesiástica y por la observancia de la disciplina, á noche tan temible, llena de oscuridad y de confusión. Los Papas de esa época, en su conjunto, alcanzaron la victoria más grande que pudieran desear, cual era la de mantener la unidad de las inteligencias y el sembrar y preparar todo lo bueno, bello y grandioso que después de ellos se ha realizado durante ocho siglos en la sociedad. Bajo el pontificado de Gregorio VII puede decirse que el papado tomó posesión de la dirección de los reinos y naciones. Urbano II, su inmediato sucesor, celebró en Francia el concilio de Clermont, en donde, por su influencia y esfuerzo, se acordó

la primera cruzada. La noche desapareció gracias á los Papas, y el pueblo cristiano salió de ella bastante robusto para emprender este gran movimiento hacia el Oriente, cuya necesidad había sido ya prevista por los romanos Pontífices desde el tiempo de Carlos Martel, que fué cuando llegaron los musulmanes hasta Tours y estuvieron á punto de apoderarse de toda la tierra. Conviene, antes de pasar adelante, que nos detengamos algunos momentos más ante San Gregorio VII, grande entre los grandes Papas, y grande también entre los grandes hombres.

SAN GREGORIO VII.—LOS CÉSARES ALEMANES

Las luces tan abundantes de Roma, que inflamaron santamente á los reyes bárbaros, no fueron bastantes para calentar á los emperadores. Pasada á poder de los alemanes la dignidad imperial, se hizo ésta pagana, y los herederos de Carlo-Magno se conducían como si lo fueran del despotismo de un César. Ellos sostenían la absurda doctrina de que el imperio es el solo soberano, el solo propietario de todo el mundo y la ley viva de los príncipes y de los particulares. Ante sistema tan absorbente, la Iglesia quedaba bajo la acción de un juez. El César quería dar la investidura á los obispos y hacer los Papas, y apenas librado el Pontificado de las asechanzas nada nobles en que le habían envuelto los enemigos maliciosos de Roma, se vió precisado á luchar contra esta nueva é injusta pretensión del poder